

# CUADERNOS DE HISTORIA 21

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 2001

---



## DON VÍCTOR GAZITÚA NAVARRETE

*Cristián E. Guerrero Lira*  
Universidad de Chile

**E**scribir sobre *Don Víctor*, como cariñosamente le llamábamos cuantos fuimos sus alumnos, resulta complejo porque al hacerlo se entrecruzan una serie de sentimientos que afloran con su recuerdo. ¿Cómo evitar recordar el respeto que tenía hacia cada uno de nosotros? ¿Cómo no tener presente el impresionante dinamismo con que realizaba sus clases? ¿Cómo no tener presente su verdadera vocación de maestro que incluso lo llevaba a realizar clases extraordinarias para aclarar algunos puntos tratados con anterioridad, o simplemente para repasar materias en vísperas de los exámenes finales?

Recuerdos como esos surgen al evocar su figura y sus enseñanzas. Miles de detalles que conformaban su personalidad, o que simplemente se asociaban a su labor docente, son inolvidables. Entre ellos, la antigüedad del mapa que utilizaba para explicar las invasiones al imperio romano, respecto del que muchos pensábamos que provenía de la misma Edad Media y que él siempre desplegaba en cada clase, señalando que era el único que contenía todos los elementos que requería para explicar esa materia; o el cuaderno en el que registraba la asistencia, en el que en cada página, anotaba con grandes trazos los apellidos y nombres, insertando una marca especial en el caso de las mujeres para no equivocarse y preguntar por “nuestra amiga la señorita...”

*Don Víctor* era, sin duda, un personaje curioso, lleno de dichos y de anécdotas. “Lo que por sabido se calla, por callado se olvida”, decía cuando reiteraba algún punto ya estudiado. Su alto grado de conocimiento en determinados

temas lo llevaba a hacer algunos paréntesis en clases para explicar, por ejemplo, las verdaderas causas de la muerte de Atila, el rey de los hunos, para lo que trazaba diagramas anatómicos y aclaraba una serie de términos médicos. Y con esa misma facilidad con que hablaba de medicina, la que era resultado de largas horas de estudio, también nos hablaba de Hegel y de Scheler, pronunciando cada nombre con un peculiar alargamiento en ciertas letras, especialmente las finales.

Sus clases se caracterizaban por el dinamismo. Sus constantes paseos por la sala no eran otra cosa que la expresión física de su inquietud espiritual, la misma que lo llevaba a construir un mundo en el cual se sumergía clase a clase, marcando un camino para que lo siguiéramos. También era notorio el grado de concentración que lograba, el que lo hacía olvidar incluso la hora de término de la sesión, la que muchos trataban de recordarle haciendo sonar las alarmas de sus relojes, pero *Don Víctor* seguía adelante haciendo caso omiso a las que ahora podríamos reconocer como molestas indicaciones horarias. Esta concentración también se demostraba cuando alguien quería hacer una consulta. Él siempre decía que lo dejaran llegar a “un punto aparte”, a la conclusión de la idea, y allí estaba siempre dispuesto a aclarar las dudas.

Hasta el último día de su permanencia en la Universidad de Chile no perdió la oportunidad de enseñar. En un acto de despedida organizado por la Facultad de Filosofía y Humanidades, improvisó una intervención agradeciendo el gesto. Recordó parte de su trayectoria y sus afanes intelectuales y al referirse al Departamento de Ciencias Históricas, colocó su palma extendida al lado de su boca, como se hace cuando se quiere contar algún secreto y dijo en un tono más bajo, como para indicar complicidad, “Ciencias de la Historia... debería decir...”. *Don Víctor* era así, enseñaba y corregía, pero siempre con cariño y simpatía, llegando incluso a colocar a sus mejores alumnos una nota 7,5 cuando sus trabajos y pruebas eran de excelencia, y decía: “Mi amigo: Como la escala de notas es de uno a siete, le voy a quedar debiendo las 5 décimas”, lo que anotaba inmediatamente en su cuaderno y sumaba a la calificación siguiente.

Víctor Gazitúa Navarrete, maestro de varias generaciones de estudiantes que pasaron por las aulas del Instituto Pedagógico, y después de aquellos que estudiamos en la Universidad de Chile cuando ya el Pedagógico no formaba parte de ella, realizó sus estudios superiores en la Facultad de Derecho de la misma institución; logró su grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales en octubre de 1945 y juró como abogado al año siguiente.

Si bien ejerció su profesión en la Caja de Accidentes del Trabajo y en el Consejo Nacional de Economía, donde se desempeñó como Secretario *ad honorem* de la Comisión de Transportes, lo suyo era la actividad académica,

la que ya había iniciado como ayudante del profesor Guillermo Feliú Cruz en la cátedra de Historia Constitucional de Chile. Su labor junto a Feliú Cruz se extendió hasta mayo de 1947, cuando ganó el concurso público para proveer la función de Ayudante revisor de tesis de licenciatura en el Seminario de Ciencias Económicas de la misma Facultad, función que ejerció hasta 1953.

Mientras desarrollaba estas labores, sus preocupaciones intelectuales estuvieron marcadas por el estudio de la economía, y de ahí surgió su trabajo *Bases para una crítica sobre Economía Política*, el que presentó como parte de los requisitos exigidos por la universidad para obtener el título académico de Profesor Extraordinario de Economía Política, el que le fue concedido en abril de 1950. Su afición y sus conocimientos de medicina lo acercaron a las materias de carácter médico-legal, optando al título de Profesor Extraordinario de esa especialidad, siéndole concedido el correspondiente diploma en mayo de 1953.

En 1956 se trasladó al Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Educación, donde desde 1952 dictaba el curso de Economía Política, y donde permaneció hasta su retiro definitivo tras 53 años de labor en la Universidad de Chile.

Como profesor, *Don Víctor* se caracterizó por su preocupación constante por el progreso de sus alumnos. Siempre estaba dispuesto a aclarar algunos tópicos, a atender consultas y a apoyar cualquier iniciativa que redundara en un trabajo de excelencia. Esta preocupación y el verdadero cariño que a través de ella manifestaba lo convertía, clase a clase, en uno de aquellos maestros que los estudiantes siempre recuerdan, ya fuera por la profundidad de sus conocimientos, como ocurría en su caso personal, o por algunas dotes de su espíritu, como también sucedía con él. De ello pueden dar fe muchos de quienes fueron sus alumnos –como ocurre en mi caso y también en el de mi padre–, los que no recordarán jamás algún incidente o conflicto académico que se haya producido en alguno de los múltiples cursos que dictó en la universidad, pues siempre estuvo dispuesto a escuchar y a buscar las mejores soluciones.

Sus estudios publicados constituyen una prueba fehaciente de su constante inquietud intelectual. En 1945 publicó su *Bosquejo acerca del valor económico de los puertos chilenos*, en 1950 sus *Bases para una crítica sobre Economía Política*, dos años después un *Curso de Economía Política* y en 1953 su estudio *La concepción antropológica de Max Scheler*, al que algunos años más tarde siguió su artículo “Ordenación de las ideas básicas del libro de Ética de Max Scheler” (1959), y en 1963 su libro, editado en Buenos Aires, *Formulación ontológico-científica de el ser y del tiempo*. Completan su bibliografía un ensayo sobre “Metafísica de la Economía Política” y varios otros

relativos a aspectos tan disímiles como *Ontología de la Economía Política, Metafísica de la biología y Tránsito en “El Origen del Hombre” de Darwin desde una ética naturalista a una ética kantiana estricta*. Sin duda, una gama bastante amplia, en la cual él se desenvolvía con soltura y conocimiento.

Indiscutiblemente *Don Víctor* dejó una marca y más de algún recuerdo de su persona, personalidad y sabiduría en quienes tuvimos la suerte de conocerlo como profesor en las aulas de la Universidad de Chile.